

# AFRODITA Y EROS: DOS MITOS CLÁSICOS EN LOS ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA DE MARÍA ZAMBRANO<sup>1</sup>

Luis Miguel Pino Campos  
Universidad de La Laguna

## RESUMEN

Esta contribución analiza el sentido que los dioses griegos del amor, Afrodita y Eros, tienen en la obra filosófica de María Zambrano. Los comentarios van acompañados de la cita de varios pasajes en los que la escritora de Vélez-Málaga habla de estas divinidades.

PALABRAS CLAVE: filología clásica, mitología, tradición clásica, filosofía, María Zambrano.

## ABSTRACT

This paper analyses the meaning that Greek gods of love, Aphrodite and Eros, have in María Zambrano's philosophical work. Together with the explanation, quotations of several passages in which the authoress of Vélez-Málaga talks about these deities are provided.

KEY WORDS: classical philology, mythology, classical tradition, philosophy, María Zambrano.

1. En el número anterior de esta *Revista de Filología* hemos publicado un estudio en el que nos ocupábamos de la importancia de los misterios de la ciudad sagrada de Eleusis, cercana a Atenas, en el origen y desarrollo del pensamiento zambraniano: sus ritos y divinidades (Deméter, Perséfone —Coré, Proserpina—, Hades, Orfeo, Eurídice...) ocupaban un lugar destacado en la religión griega y en su mitología, y significaban un fundamento teológico y espiritual en la poesía lírica. Esta poesía rivalizaría con la filosofía en la disputa por la atención de los griegos, y perdería su supremacía tras los duros ataques intelectuales que recibiera de Platón, que la condenó, y de Aristóteles, que también condenó a pitagóricos y órficos, quienes tenían en los ritos y misterios de Eleusis uno de los puntos esenciales de su doctrina<sup>2</sup>. En ese artículo destacábamos la importancia del Mundo Clásico en la formación, pensamiento y obra de María Zambrano (epígrafes 2-5), y cómo aquellos antiguos misterios eleusinos recobraban vida nueva en el pensamiento más avanzado del siglo XX (epígrafes 6-9), desde que Zambrano desvelara la trascendencia que las prácticas de aquellos fieles tuvieron en los orígenes del pensamiento del hombre occidental.

En otros estudios anteriores nos hemos ocupado también de otros aspectos del Mundo Clásico que María Zambrano abordó en su incansable quehacer filosófico<sup>3</sup>. Todos estos estudios son consecuencia de una detenida y repetida lectura de su obra, en la que hemos encontrado huellas y recuerdos de su gran maestro José Ortega y Gasset. Lógicamente, otros maestros han influido también en su formación y en su pensamiento, como podemos observar fácilmente en su obra y es de general conocimiento; son los casos de Miguel de Unamuno, Xavier Zubiri, García Morente, Julián Besteiro, etc. Pero el interés por el complejo Mundo Clásico no se explicaría sólo con estos magisterios. Debemos recordar que su padre, don Blas Zambrano, maestro, era un constante lector de autores griegos y latinos, autor de una inédita historia del pueblo griego, además de amigo personal de Antonio Machado, con quien compartió varias empresas periodísticas y actividades políticas y literarias. Su primo, Miguel Pizarro, le puso en contacto con Lorca y, antes de ingresar en la Universidad Central de Madrid para estudiar Filosofía como alumna libre, ya había leído obras de Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja, Maeztu, León Felipe y Ortega (*Meditaciones del Quijote*). Precisamente esta obra orteguiana marcaría su destino de escritora, porque la mencionará numerosas veces e influirá en su concepción del héroe griego, de los géneros literarios y de los mitos clásicos.

2. Es del mito clásico en Zambrano del que trataremos en las páginas siguientes, a modo de introducción, porque su filosofía no se entendería si, en el ámbito del

---

<sup>1</sup> En el año 2004 se cumple el centenario del nacimiento de la escritora María Zambrano (Vélez, Málaga, 1904-Madrid, 1991). Su obra filosófica va siendo conocida un poco más dentro y fuera de España conforme se van publicando sus escritos inéditos y se reeditan aquellos otros que por razones diversas no habían podido ser impresos o distribuidos en España hasta tiempos recientes.

<sup>2</sup> «Los misterios de Eleusis en la obra de María Zambrano: un pensamiento nuevo a partir del antiguo *hierós lógos*», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 21, 2003, pp. 267-293. Añadamos, como complemento a la información incluida en ese artículo, el estudio de María Teresa González Cortés, *Eleusis, los secretos de Occidente. Historia agraria y bélica de la sexualidad* (Madrid, Ediciones Clásicas, 2000). Véase nuestra reseña en *Fortunatae*, 2003 (en prensa).

<sup>3</sup> Entre ellos: «De Orfeo a Séneca: Mito y pensamiento en María Zambrano», en Miguel RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ (ed.), *Las raíces clásicas de Andalucía. Actas del IV Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Córdoba, 18-21/IX/2002 (en prensa); «Filósofos griegos en el pensamiento actual: La filosofía de María Zambrano y el ejemplo de Tales de Mileto», en *Actas del Primer Congreso Internacional Género, Arte y Literatura*, La Laguna, 27-31/I/2003 (en prensa); «Una Antígona inmortal: Re-creación zambraniana del personaje de Sófocles», en *Sófocles hoy. Congreso Nacional XXV Centenario del nacimiento de Sófocles (497/6 a. C.-2003/4)*, Córdoba, 6-8/III/2003 (en prensa); «Héroes trágicos en la obra de María Zambrano: Los personajes de Sófocles y el ejemplo de Edipo», en *Sófocles el hombre, Sófocles el poeta. Congreso Internacional XXV Centenario del nacimiento de Sófocles*, Málaga, 29-31/VI/2003 (en prensa); «Edipo rey y Edipo mendigo: Un héroe trágico en la Filosofía de María Zambrano», en *Laguna. Revista de Filosofía de la Universidad de La Laguna* (2004, en prensa); «Raíces clásicas del pensamiento actual: La filosofía de María Zambrano», en *Cuadernos del Ateneo de La Laguna* (2003, en prensa). Digamos, como muestra de agradecimiento público, que ha sido la doctora D.<sup>a</sup> Juana Sánchez-Gey Venegas (U.A. Madrid), la que me ha conducido a interesarme por esta apasionante escritora a raíz de que me propusiera estudiar algunos aspectos de Zambrano en cuanto discípula de Ortega.

pensamiento racional, lógico, no consideráramos con todas sus consecuencias los significados que aquellos mitos antiguos de griegos y romanos tienen en su obra<sup>4</sup>.

Anticipémonos a recordar que no es ningún disparate que un filósofo, y en este caso una filósofa, acuda al mito para poder expresar su pensamiento racional, su *lógos*, su propia lógica. De hecho, no hay filósofo destacado que no haya acudido al mito. El primero fue Platón y el segundo Aristóteles; ambos criticaron el pensamiento mítico, pero no pudieron vivir, pensar, expresarse sin aquél. Hoy, también como ayer, los filósofos acuden a los mitos, clásicos y recientes, porque los mitos son como salvavidas en las aporías. Lo reconoce el propio Ortega y Gasset en numerosos pasajes de su obra<sup>5</sup> y lo admiten cuantos pensadores tienen la fina sensibilidad de percibir las limitaciones del pensamiento humano, en especial del pensamiento lógico o racional. María Zambrano no es una excepción en el uso del mito, sobre todo de los mitos grecolatinos. Pues bien, aspiramos a exponer algunos motivos míticos grecolatinos que aparecen con relativa frecuencia en su obra y que constituyen, parcialmente, la estructura interna que sustenta su apasionado pensamiento filosófico. Dada la amplitud de esta vertiente de su obra, en esta ocasión nos ocuparemos sólo de Afrodita y de Eros en sus distintas apelaciones (*Venus, Amor*; etc.).

3. Como hemos indicado en una nota anterior, ya nos hemos ocupado de algunas divinidades, héroes y personajes míticos que Zambrano menciona en su obra, entre los que destacan los héroes del ciclo tebano (Edipo, Antígona, Creonte, Yocasta, etc.), algunas divinidades (Hades, Deméter, etc.) y personajes míticos (Perséfone, Orfeo, Eurídice...). De las otras divinidades griegas y romanas que aparecen en su obra con desigual frecuencia, nos ha parecido de interés ocuparnos en esta ocasión de dos divinidades que representan distintas acepciones del amor: Afrodita y Eros.

4. Como se sabe, Zambrano trata de reconciliar el pensamiento lógico con los sentimientos del hombre, y si acostumbramos a ubicar la sede de la razón en el cerebro, la de los sentimientos, de los nobles sentimientos, se ubicaría en el corazón. Para Zambrano el hombre no es sólo *razón*, ni sólo *corazón*, es, al menos, una conjun-

---

<sup>4</sup> Un estudio inicial sobre esta cuestión puede verse en «Mito y narración», de María Luisa MAILLARD GARCÍA, en su libro *María Zambrano. La literatura como conocimiento y participación*. Universidad de Lérida, Servei de Publicacions, col. Ensayos/Scriptura, 1997, pp. 114-121, donde se ocupa de Edipo y Antígona.

<sup>5</sup> Véanse detalles en nuestros estudios «Mitos clásicos en la obra de Ortega y Gasset. Primera parte: Su concepto de mito», en VII Coloquio Internacional de Filología Griega (Madrid, UNED, 20-23/III/1996: *Influencias de la Mitología Clásica en la Literatura Española*); y «Dioses y personajes míticos en la obra de Ortega y Gasset», en VIII Coloquio Internacional de Filología Griega (Madrid, UNED, 5-8/III/1997: *Mitos clásicos en la literatura española e iberoamericana del siglo XX*), ambos en prensa; y el ya publicado «Héroes homéricos en la obra de Ortega y Gasset», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 15, 1997, pp. 205-220.



ción de ambas dimensiones; de ahí que ansíe la fusión de pensamiento y de sentimiento, de ser (esto es, de pensar el *ser*) y de sentir, de *lógos* y de *páthos*. Su lema, la *razón poética*, aspira a superar las razones de sus maestros: razón trágica de Unamuno, vital-histórica de Ortega y Gasset, sentiente de Zubiri. Y los hechos decisivos que le llevan a querer superar las razones de sus maestros son los conflictos bélicos que tienen lugar en el siglo xx, los conflictos sociales que no redimen al hombre de sus miserias ni de su incultura, la violencia que el pensamiento racional, lógico o pseudo-científico, ejerce sobre cualquier otra forma de pensar o considerar la vida. Hacía falta algo más en el hombre del siglo xx que pensar sobre el pensar; hacía falta que el hombre no negara ni renunciara a una de sus propiedades como la del sentimiento, la de la pasión, la del deseo. La realidad humana no es geoméricamente amoldable sólo a la razón lógica; muchas realidades escapan de la luz de la razón, y como son tan realidades como las alumbradas, han de tener cabida también en el pensamiento humano, aunque sean un modo más que de pensar, de sentir.

5. Es posible que para alcanzar este nivel de razonamiento filosófico hiciera falta una especial sensibilidad. Unamuno la tenía, pero no supo transformarla en razón, de ahí que su pensamiento terminara en una razón sólo trágica; Ortega se quedaba en la razón de vida y en el carácter histórico del hombre, sin acertar a dar curso a esa parte menos apolínea del hombre, esa parte más dionisiaca, que aunque percibió y expresó en numerosas ocasiones, tampoco supo dar buena cuenta de ella, no pudo dar razón de ella, no la pudo incardinar en el *ser* del hombre; Zubiri percibió también que, junto a esas razones de sus maestros Unamuno y Ortega, el hombre *sentía* en la misma o más alta proporción que lo que *razonablemente* pensaba, y tampoco supo dar una definición a esa parte del hombre que también lo constituye y que Zambrano denominará el *páthos*, la experiencia de sentimiento.

Zambrano siguió las huellas dejadas por sus maestros y por los filósofos más avanzados del momento y comprobó que ninguno acertaba a dar con una clave nueva, superadora de las razones anteriores, y buscó y buscó. Acudió a los horizontes, a los límites, a los bosques, a las ruinas, a los hombres y a los dioses, a los templos, a la mística, a la noche y al día. Buscó incluso entre los bienaventurados, experimentó los delirios, las pasiones y los trances, los tránsitos, hasta descubrir que lo que buscaba estaba muy cerca y muy dentro de uno mismo: era, simbólicamente, el corazón, o las entrañas (lo entrañable), aquello que hacía sentir al hombre y que daba cuenta también de esa otra dimensión humana, menos apolínea, como decíamos, que constituye el mundo de los sentimientos. Zambrano sí parece haber tenido esa especial sensibilidad para percibir ese otro mundo del hombre menos racional y luminoso, pero real y auténtico también, que la razón hasta ahora no había acertado a comprender; y puesto que tuvo esa especial sensibilidad de percibirlo pasó el resto de su vida buscando el método adecuado para poder expresarlo lo más racionalmente posible. En este esfuerzo se resume su obra, y a ella dedicó íntegramente su vida.





6. Su entrega a esta difícil actividad de pensar, de buscar, de indagar inagotablemente hasta la muerte, sólo podía hacerse por amor, por nada más, por un amor que es entrega a los demás, como ella misma diría de su maestro Ortega en *España, sueño y verdad*. Y ésta es la clave de este estudio. Su filosofía, su pensamiento, es una obra de amor, desinteresada, realizada *deportivamente*, sin esperar nada a cambio. Bueno, sí. Tal vez esperando dar satisfactoria respuesta a la eterna pregunta de *qué es el hombre*. Ese amor, ese anhelo, esa pasión por encontrar filosóficamente la respuesta adecuada, le llevó a formular su lema de una *Razón Poética*: razón, porque forma parte del *lógos*; poética, porque expresa la pasión que su autor experimenta y con la que es capaz de *crear*, como el término significa en griego, crear algo nuevo, crear algo al modo humano, crear algo artísticamente, sin la violencia de las razones anteriores, sin las fracturas de las propuestas antiguas, sin las exclusiones de lo otro.

7. Ese amor de María Zambrano se expresará unas veces como concepto común, mas otras muchas aparecerá revestido con el traje majestuoso del mito de Afrodita, o con la carga pasional del otro mito griego del amor, Eros, dios también, ya sea dios cósmico, ya sea hijo de la divina amante. Estos dos personajes no son mencionados por Zambrano como un recurso literario, ni como una metáfora simple, ni menos como una simple manifestación erudita. Ninguno de estos rasgos se dan en la obra de Zambrano, aunque su mención significa una erudición más allá de lo académico y de lo universitario. Sus alusiones a los mitos, en particular a Afrodita y a Eros, son algo mucho más esencial, son algo mucho más poéticamente reflexivo. En los siguientes pasajes veremos que no sobran sus menciones; es más, enriquecen los contenidos semánticos que esas divinidades nos han transmitido a través de los escritos míticos de la Antigüedad, porque nos permiten examinarlos en una dimensión antropológica que seguramente no la captaron los antiguos. Veamos algunos ejemplos.

## 8. Afrodita.

8.1. La diosa del amor ha representado en Zambrano un motivo reiterado de reflexión, no tanto por lo que los poetas escribieron sobre ella o por sus sensuales aventuras, ni por lo que los artistas representaron en sus bellas imágenes, cuanto por lo que su fuerza engendradora y creativa significaba para el alma humana. Es, por tanto, algo más que simple erotismo o simple sensualidad: es su capacidad generadora de vida la que Zambrano destaca; y esa capacidad es extensible al dúo constituido por Afrodita y Eros, o Venus y Amor (con mayúscula). En efecto, la diosa Afrodita y el dios Eros se insertan en el proceso reflexivo de Zambrano porque forman parte, en medio del panteón griego, del origen y desarrollo del pensamiento. Así, en su celebrada obra *El hombre y lo divino*, de profundas raíces helénicas, Zambrano explica el sentido de algunos dioses griegos, en particular también de las divinidades del Amor, y cómo el origen del pensamiento hunde sus raíces, precisamente, en un sentimiento de amor, de deseo y de anhelo: el amor, deseo y anhelo de saber.

Al hablar del amor Afrodita aparece simbólicamente en su doble vertiente, celestial y terrestre, siguiendo las explicaciones que Platón expresara en sus diálogos.

Zambrano va definiendo a los dioses según sus cualidades; de Cronos dirá que es un dios poco dable a figuraciones, más que una imagen es «un supuesto», y su función era estar bajo todo lo que aparecía, de ahí que se encargara de que la contradicción fuera posible. Así se explicaría que Afrodita apareciera bajo dos manifestaciones, celestial y terrestre, pero en cada una con una misión específica. Lo explica así:

El Amor en su calidad original engendradora queda también un tanto en la sombra. Cuando aparece, diríamos que ya tiene poco que hacer. Su más profundo trabajo quedará oculto y su figuración será hasta un tanto banal. De ahí que sea el Amor quien deje y aun exija del pensamiento su mayor trabajo: descifrar su secreto esfuerzo generador en colaboración con la luz, que tal es la condición propia de esta fuerza erótica en Grecia: generación en la luz y por ella. El oscuro trabajo del Amor aparecerá en la Afrodita celeste, Urania, y quedará para la terrestre el dominio de la pasión y, todavía más, del juego del amor. /La escisión del amor en divino y humano marca el tránsito, diferencia y continuidad entre el amor como potencia cósmica, generadora, y el amor en su vida terrestre, cuya historia seguirá la del propio ser humano, mientras la potencia amorosa celeste quedará como lo verdaderamente divino. Divinidad la más problemática, por estar mezclada a la generación de la realidad<sup>6</sup>.

Obsérvese cómo Zambrano atribuye a Eros (Amor) la cualidad de generar en la luz (Día) a Urano (Cielo) y por ella, pero actuando de una manera oculta, en la oscuridad (Noche)<sup>7</sup>, siendo el pensamiento, el *lógos*, el que ha de realizar el mayor esfuerzo para comprender ese *misterio*:

El pensamiento se verá obligado a descubrir su acción y aun a salvar ese hueco, abismo, entre lo celeste y lo humano que en esta divinidad [Afrodita] se manifiesta. Es la divinidad del Olimpo que más ha obligado a ponerse en movimiento a la inteligencia, por ser entre todas la más relacionada con la producción de la naturaleza, de la misma vida humana. Aquí se hace patente cómo el pensamiento ha tenido que desarrollar por sí mismo aquello que los dioses dejaban vacante: su falta de misterio, que, más patente en esta divinidad que en ninguna, no sólo hizo posible sino que exigió el pensamiento. /Pues en la divinidad Afrodita no se advierte lo que la emparentaba con el misterio de la generación y con el sufrimiento, hija como era de una herida y de un llanto. Será Platón quien hará visible lo que la figura de la amable diosa encubre. Y el sufrimiento, el llanto quedará reducido, en el mito de su nacimiento, a la espuma, sonrisa y llanto al par, de las ondas, juego de la superficie del misterio, ignorante de los abismos que la sostiene, sonrisa del horror y ofrenda

---

<sup>6</sup> En *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 49. El pasaje corresponde al capítulo «De los dioses griegos». Hay edición más reciente en Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993 (2.ª ed.; 1.ª = 1955).

<sup>7</sup> En algunas tradiciones míticas Urano (el Cielo) aparece como hijo del Día y de la Noche, y esposo de Gea (la Tierra). Tanto Urano como sus descendientes serían fruto de aquel cosmogónico Eros (con omicrón, o Amor inicial), surgido del Caos simultáneamente con el Tiempo (*Khrónos*).

de las tenebrosas profundidades sobre la tierra. Don, regalo del doble abismo del cielo y de las aguas. /Y así, los dos escollos —Tiempo [Khronos/Cronos] y Amor [Eros]— de la falta de misterio de estos dioses, quedarán salvados. El Tiempo [Khronos/Cronos] quedará medio oculto, sin revelación; el Amor [Eros] demasiado manifiesto, reduciéndose cada vez más a ser el símbolo de un juego<sup>8</sup>.

Zambrano, siguiendo una de las tradiciones mitológicas, mezcla aquel Eros (con omicrón, pre-urano) con el otro Eros (con omega) posterior. La fusión del primer concepto (cósmico) y del segundo (descendiente de la olímpica Afrodita) dará un Amor o fuerza erótica griega, que se *metamorfoseará* en varios personajes divinos: a) la misma Afrodita en su doble condición, celeste, como agente oculto, y terrestre, como agente de pasión, visible y sensible; y Eros o Amor, Eros niño, Eros terrestre y jugueteón. Esa fuerza erótica será como la doble cara de una moneda: divina por un lado, humana por otro; ambas constituyen una unidad, su *ser*. Y ese Amor, esa Afrodita de doble condición, por su falta de misterio y por ser la agente generadora de la naturaleza y de la misma vida humana, exigirá la aparición del pensamiento, del *lógos*, para explicar ese complejo linaje del que ha surgido la naturaleza y la vida humana. Platón interpretaría, a su modo, ese enredo, desentrañando el significado filosófico que envuelve al Amor y reduciendo el dolor y llanto por el nacimiento de Afrodita a la espuma de la mar oceánica. No es momento de detenernos en estas imágenes platónicas ni en la figura de Cronos tratada por Zambrano, mas digamos que tanto aquéllas como este personaje divino merecen una atención especial en su filosofía por la idea de tiempo que implican tanto en su concepción como en su interpretación etimológica<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Ídem, p. 50.

<sup>9</sup> Zambrano escribe con la misma grafía, *Cronos*, dos nombres griegos distintos: Cronos, hijo de Urano (Cielo) y de Gea (Tierra), se escribe en griego con «kappa» (*Krónos*); y Cronos, escrito con «ji» y transcrito con *khl*, *Khrónos*, es otra divinidad anterior, que también en castellano se escribe 'Cronos', pero que tiene un origen y significado distintos. Éste significa 'tiempo', es una divinidad cosmogónica, surgida después del Caos y concebida como 'Tiempo' devorador. Este *Khrónos*, 'Tiempo', es de la misma generación que el Amor, escrito en griego *Eros*, con omicrón, divinidad ancestral, anterior igualmente a las divinidades titánicas y olímpicas, y es al que se debe la creación o generación sucesiva de los seres. Tras ellos vendría la generación del antes citado Urano (cielo) y Gea (tierra), y tras éstos, la generación de los dioses pre-olímpicos, entre los que destaca Cronos (con *kappa*, y que no significa tiempo). Como Urano devorara a sus hijos por miedo a que le arrebataren su poder, su hijo menor Cronos (*Krónos*) hirió sus testículos, cayendo el semen sobre las aguas del Océano y produciéndole al padre un gran dolor. De la fecundación de ese semen nacería Afrodita, la «nacida de las olas» o «nacida del semen del dios». A su vez, de Afrodita y de Hermes nacería Eros, con omega, distinto al Eros anterior, (escrito con omicrón). Al hijo de Afrodita se atribuye la mayor parte de las aventuras amorosas. Zambrano juega con los dos conceptos involucrados en el término castellanizado 'Cronos', es decir, Tiempo (devorador), surgido del Caos, por un lado, y, por otro, el hijo de Urano, que al herir a su padre provoca la fecundación de las olas de donde nacería Afrodita. En la misma Antigüedad ya se confundían estos dos conceptos, por lo que no es extraño que María Zambrano, conocedora de la poesía hesiódica y de la tradición órfico-pitagórica, hiciera una interpretación más coherente con la explicación «lógica», que con las explicaciones mitográficas.



8.2. Otra explicación encontramos en el ensayo titulado «Para una historia del Amor», en la que Afrodita encarna el papel amable del objeto amado (también de inspiración platónica), y donde el Amor se ha humanizado. Es un hermoso escrito, cargado de profundas reflexiones filosóficas, en el que Zambrano rastrea el proceso histórico griego que llevó a la división de Poesía y Filosofía. Simultáneamente, este ensayo es, en parte, un estudio sobre los orígenes y causas de distintos géneros literarios griegos. Zambrano vuelve a hablar ampliamente del Amor y de Afrodita, para unir lo divino y lo humano por medio de lo demoníaco (*daimonikós*), recuerdo lejano de la divinidad dionisiaca, y cómo en ella, en Afrodita, se articula también *lo extraño* y *lo entrañable* del hombre. Dice así:

Todo lo que el amor ha venido a ser y a ejercer en la modesta vida humana lo había sido ya en el tránsito del Caos al Orden, cuando los hombres eran huéspedes de los dioses y, en ocasiones, sus rivales. /La Tierra se quedó para los hombres, para los hombres solos. Y, entonces, el Amor fue una pasión. Su carácter coetáneo divino es bien débil, por cierto. Porque la pasión ha absorbido toda la fuerza del Amor, y en ella reside la verdadera divinidad con carácter sacro, inescrutable, furibundo. En compensación, el dios se ha debilitado hasta el punto de no ser ya un dios, sino una diosa en quien aparecen más que el carácter divino de la potencia, el carácter amable, es decir, humano, no del amor mismo, sino del objeto del Amor. La Afrodita de los tiempos clásicos no es la diosa en quien reside el amor; no se ha trasladado a ella propiamente el Amor de las cosmogonías; más bien, es la muestra de la humanización del Amor, de su aparición en el mundo humano, profano ya. Afrodita presenta el ambiguo aspecto de una divinidad profana y como tal se ofrecerá siempre en todos sus gestos. La fuerza del Amor en el mundo, fijada ya la órbita del universo a la medida humana, reside en la furia de la pasión. La pasión, residuo divino en el hombre que, por eso, es también demoníaco: extraño al hombre, no a su medida, y, sin embargo, su ser mismo; extraño-entrañable. /Y aparece aquí otro aspecto de la ambigüedad característica del Amor, no ya de ser divino y demoníaco a la vez, sino de ser extraño al hombre y a la vez lo más entrañable. [...] La aparición del Amor en las cosmogonías marca y define su condición perenne. Estará siempre en los límites de lo humano con lo que no lo es todavía o con lo que no lo será nunca, con esos residuos de la matriz primera de donde el hombre se arrancó para vivir como ser independiente con vida propia<sup>10</sup>.

Afrodita es, además, garantía de que el hombre no pierda su peculiaridad de participar a través del amor en lo divino y en lo humano, de que se mantenga en un límite adecuado, en una justa medida. Lo explica así:

Y, mientras tanto, Afrodita, la diosa, extrema en su figura la ambigüedad del amor. Muestra que cuando el amor se revela enteramente se reduce a lo humano, se

---

<sup>10</sup> *El hombre y lo divino*, ed. c., pp. 248-9. Hemos preferido poner los términos Caos y Amor con mayúscula, porque entendemos que se ha de diferenciar el concepto común de un caos o de un amor, del concepto propio y específico que en estos pasajes usa Zambrano, conceptos que corresponden a un momento del pensamiento mítico cosmogónico y teológico.



banaliza fatalmente; que cuando pierde su carácter sagrado-irrevelado está en el límite también, el límite en que el hombre se banaliza y la naturaleza humana, a fuer de demasiado humana, puede caer hasta la abyección. Mas no es Afrodita una divinidad abyecta, sino humana, y, como humana, depositaria de algo sagrado en que la condición de lo sagrado se ha revelado excesivamente para amoldarse descendiendo a la medida humana; hace vislumbrar, aunque de lejos, la amenaza que pesa sobre lo humano cuando se libera más allá de todo límite, olvidando su raíz, pues no otra cosa es la abyección<sup>11</sup>.

Y continúa definiendo y describiendo los rasgos de la diosa y del amor, ahora como niño, como don, como juego, y recordará a otro personaje del mito, también bello, también objeto de amor, Adonis. Una vez más, Zambrano apelará a la inocencia del hombre como estado virginal; lo expondrá también en sus explicaciones sobre Antígona y Edipo; inocencia y sacrificio, pureza y víctima:

El rasgo más divino de la diosa Afrodita está en su carácter de regalo, de don preciado arrojado por la más ambigua de las potencias: el mar, y del mar lo más liviano: la espuma. La furia divina es gracia, levedad de lo más sometido a la gravedad; lo que juega sin escaparse de ella. La espuma es el juego. Afrodita es la divinidad del amor como juego, gracia, regalo. Frágil don que el hombre puede en seguida marchitar con su aliento, y el más necesitado de todos de pureza, de inocencia. De ahí que le corresponda un amor niño. Eros, niño; Adonis, adolescente, es el compañero de Afrodita, su hermano o su amante, porque muestra así la inocencia inseparable del juego del amor, que hace de él un juego prohibido casi para el hombre, en su gravedad. Ambigua divinidad que ofrece su don como un regalo fácil que luego resulta imposible para los humanos, un regalo que no puede ser gustado, pues requiere la inocencia, lo que el hombre sabe haber perdido. Crueldad de un don que recuerda la dicha que fue, en un tiempo en que era un hombre, mas de otro modo; en que era y no era el hombre que es: un niño, un adolescente. El «antes» del estado de inocencia. /El juego es lo más profundo que hay en la divinidad. Afrodita es más diosa del juego que del amor; en modo alguno lo es del amor-pasión<sup>12</sup>.

8.3. En un nostálgico artículo publicado en 1985 volverá a recordar sus amables reflexiones sobre la diosa Afrodita, diosa de la luz y diosa engendradora. Será con motivo del añorado «Aquel catorce de abril» de 1931, día de la proclamación de la Segunda República, día de inmensas e inolvidables emociones que, regresada del exilio y transcurrido medio siglo, aún la conmovía. En ese artículo alude a Afrodita, según era cantada en un himno homérico, aunque no especifica más datos. Resulta que son tres los *Himnos a Afrodita* atribuidos a Homero, que vienen numerados como los *Himnos Homéricos* v, vi y x en las ediciones. De éstos es el Himno v el que

---

<sup>11</sup> Ídem, p. 249.

<sup>12</sup> Ídem, p. 250.

en los versos 225-227 habla de la divina Aurora, otra diosa griega que Zambrano vincula a la diosa del Amor, aunque en la mitología clásica fueran dos personajes diferentes. El pasaje de ese *Himno* canta cómo la Aurora, enamorada del mortal Titono, yació con él, y tan enamorada estaba que suplicó a Zeus que le concediera la inmortalidad, a la que el dios-padre accedió; mas la Aurora olvidó pedir que su amado no envejeciera, por lo que, pasado el tiempo, ya canoso y viejo, con los achaques propios de la senilidad, la Aurora optó por mantenerlo encerrado, mientras el anciano Titono seguía envejeciendo indefinidamente. Es a esta Aurora, de áureas flores, a la que el *Himno Va Afrodita* califica de «la que nace mañanera», sólo que esas palabras aparecen en boca de la diosa Afrodita, que tras yacer con Anquises, sin que éste supiera que su amada era una diosa, lo amenaza para que no revele a nadie que él, un mortal, ha yacido con la diosa del amor<sup>13</sup>.

No sabemos si María Zambrano alude a otro himno homérico, o no recordaba bien el pasaje y a quién calificaba ese adjetivo. En cualquier caso se trata de un artículo periodístico, en el que trata de expresar la alegría auroral de un nuevo amanecer, de una nueva vida, la republicana, en ese catorce de abril, llena de deseos y de esperanzas. Más adelante veremos cómo Zambrano vincula claramente la diosa Afrodita con la diosa Aurora en una simbiosis simbólica, en la que amor y luz del amanecer, pasión y vitalidad, explican las raíces de su pensamiento: una prueba palpable de cómo el mito explica una vez más el pensamiento que aspira a ser lo más racional posible. Del catorce de abril dice poéticamente Zambrano:

Fue tan hermoso como inesperado; salió el día en estado naciente; es decir, nació. Solamente por eso, aunque hubiera nacido otra cosa —hermosa, se entiende—, también ella tendría un hermoso valor. /En el himno de Homero, Afrodita se hace merecedora de ese mismo epíteto: *La Naciente*. Así es llamada. Y de Afrodita fue aquel día, un día naciente, donde todo nació: hasta el día, hasta las nubes, hasta la gente<sup>14</sup>.

8.4. Otro artículo, dedicado a la ciudad de Roma, donde vivió durante una etapa de su exilio, la llevará a recordar algunas míticas leyendas de sus orígenes, además de describir su ubicación mediterránea y sus caracteres sensual, abierto y laberíntico. Que Anquises y su hijo Eneas guardan una relación con la fundación de Roma, obra de Rómulo, su descendiente, es asunto del mito bien conocido; mas en esta ocasión Zambrano los alude porque Anquises fue un amante predestinado de Afrodita, denominada en esta ocasión con su apelación romana. Forma parte de las varias referencias elogiosas que la escritora malagueña dirigiera a la ciudad eterna. Dice así:

<sup>13</sup> Puede verse una edición traducida en *Himnos Homéricos. La «Batracomiomaquia»*, (Madrid, 1978, B.C. Gredos, núm. 8, p. 196; trad. de Alberto Bernabé Pajares).

<sup>14</sup> En *Las palabras del regreso. (Artículos periodísticos, 1985-1990)*. Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 39. El artículo se había publicado en la p. 1 del cuadernillo núm. 1 de «Culturas», incluido en *Diario 16*, 1985. Véase nuestro parágrafo 8.8.

Roma es hija de una Venus nutricia. Allí hay que dar de comer. Tan es así, que a la infinidad de gatos que se esconden, aparecen y reaparecen, famélicos, parturientas las gatas, desesperados los gatos, brillantes los ojos de hambre, hay que darles de comer, hay que dar de comer en Roma, es lo primero que hay que hacer. Pero no solamente no hay que dar de comer, sino que hay que darse en pasto, porque ella, por lo visto, en el fondo lo que está haciendo es parir una y otra vez, parirse a sí misma, [...] Silvia era uno de los nombres secretos de Roma, pues que, como todas las ciudades antiguas, tenía tres nombres: uno, el secreto; otro, el oficial; otro, el que después le daban los hermeneutas y enamorados, como Adriano en el caso de Roma pudo leer también la palabra amor [Roma-amor]. Pero Roma viene directamente de Afrodita, es decir, de Venus, a través de Eneas y a través de Julio César<sup>15</sup>.

8.5. Otro ensayo titulado «Diotima de Mantinea», que es uno de los que más comentarios ha suscitado en los últimos años, nos presenta a una María Zambrano a punto de abandonar (¿esta vida?), casi como su propia Antígona al ser encerrada viva para siempre, «a solas con mi Dios que se me ha vuelto desconocido», dirá ella<sup>16</sup>. Es un ensayo triste, porque parece llegar a la conclusión de que todos sus intentos por mejorar la vida, esta vida, y por comprender al hombre, no habían alcanzado su objetivo y por ello concluiría diciendo: «abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida. Noche yo misma»<sup>17</sup>. Antes se había definido como «extranjera», se sentía sola y lo expresaba diciendo «a nadie veo a mi alrededor que me asegure ser ayudada al momento de arrancarme de esta tierra de la que más que hija he sido, por lo visto, huésped» (p. 221). Sin embargo, esta nocturna tristeza que inunda el ensayo, compuesto en sucesivas etapas y que vería su forma definitiva en 1983<sup>18</sup>, mantiene viva su fe en la idea del Amor, Amor con mayúscula, Amor que busca y defiende en su caminar por los *claros del bosque* hacia una *aurora* nueva y creadora, Amor es el fundamento de la vida, es la razón de su *Razón Poética*. Y a pesar de que está cansada de tan prolongado exilio y de que la vida no le ha sonreído como cabía esperar, aun así, canta al Amor, a la Afrodita urania, celestial, luminosa y naciente, y habla de sí misma como si de una nueva Afrodita se tratara, mas una «Afrodita Hermética». Tal vez Zambrano no cayó en la cuenta de que cuando en ese ensayo unió esos dos nombres del mito, nombró la pareja progenitora del Amor, Afrodita y Hermes, como antes hemos recordado. Sueños, tiempo y Cronos desfilan por sus palabras en un poético relato biográfico. Se expresaba así:

---

<sup>15</sup> Ídem, pp. 87-8. El artículo se publicó en el número III del cuadernillo «Culturas» de *Diario 16*, 1985, pp. 8-9.

<sup>16</sup> Incluido en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 2000r, p. 221 [1.ª ed. 1950, ed. Losada].

<sup>17</sup> Ídem, p. 235.

<sup>18</sup> *Litoral*, 120-123, pp. 105-119.

Una noche se me apareció la estrella que tantas veces había visto reinando en el cielo, sola, antes de la salida del Sol. El amor que pone fin a la noche y que alumbra sus primeros pasos. Me sabía ligada a ella. Y la vi en la lucidez de ciertos sueños, bajo la sombra de los anillos de Cronos, oscurecida por ellos. Así mi vida, amor atravesado por el tiempo, partido por el tiempo. Era mi horóscopo que yo nunca quise que me establecieran. Y comencé a comprender: no era un suceso únicamente mío. /El tiempo cubre a las cosas de la tierra y de ellas, sólo el amor lo sobrepasa. El amor atravesado por el tiempo lo atraviesa. La estrella solitaria que abre el día y alumbra el nacimiento de la noche es un umbral y una ley. La sombra de los anillos de Cronos la divide, la hiere. Porque no es sólo sombra, es herida; el tiempo penetra el amor y así el amor engendra siempre. Durante un tiempo estuve encerrada. Fue mi época de estatua. Alguien me llamó Afrodita Hermética; mi belleza, según él, no era visible para todos; sólo se abría en ciertos momentos. Y un día que me encontraron desnuda, adormilada al borde de la espuma, me confundieron con ella misma; extraña cosa; pero yo me envolví en mi manto violeta y al recogerme los cabellos empapados del agua espesa y amarga, estaban grises<sup>19</sup>.

8.6. En otro ensayo incluido en su libro *De la Aurora* (de una nueva razón), recordaba a la diosa del amor, Afrodita, como hija de Urano. Es un simbólico ensayo en el que traslada los motivos míticos mencionados al plano del pensamiento filosófico. Inserto este escrito en la segunda parte del libro y bajo el título «De la noche», la autora malagueña vincula claramente a Afrodita y a la Aurora, como antes decíamos, y apunta una nueva relación con otro mito más complejo, el de Perséfone. Llama la atención cómo, tal vez sin quererlo, son personajes femeninos los que va comentando. Compleja es la narración y compleja la simbología incluida. Es bien conocido que Hefaiostos y Afrodita habían contraído matrimonio, aunque cada uno tuvo luego sus propias aventuras amorosas. La alusión a Perséfone guarda relación con el tema de los ínferos y con los dioses Hades y Deméter, por lo que en parte estamos ante ciertas alusiones, de pasada, a mitos agrarios. No obstante, entendemos que es la idea de la luz naciente, dorada y rubia, la que Zambrano ha querido aquí entonar en estas líneas de poética prosa, enriquecida con multitud de motivos míticos griegos. Escribe así:

De la inmensidad de la Noche podría salir el Caos, como de la inmensidad del mar, los monstruos que quizás lo sean tan sólo por no nacidos del todo, seres desprendidos como fragmentos, como esbozos o prefiguraciones privados de una madre propia, vagando en la Madre común de los vivientes que la Tierra [Gea] no puede acoger, ni ellos acogerse a ella. Los caídos de nuevo al mar rechazados por Gea antes de que el Tiempo liberador [Cronos] despedazase al Cielo [Urano] y de que de su semen último sobre la espuma del mar naciera Afrodita entre todas las diosas: «La Naciente». /Antes también de que al par que Afrodita sobre la espuma se alzara celeste, de las gotas de sangre postreras del cielo viril [Urano] nacieran las Furias de

---

<sup>19</sup> *Hacia un saber sobre el alma*, ed. c., pp. 227-8.

la Tierra, nacientes ellas también y Vulcano, el fuego interior terrestre, se diera a ver. La Tierra [Gea] así fue desentrañada paralelamente al Cielo [Urano]; Fuego y Furias salieron de sus entrañas fecundadas por primera y única vez por la sangre de Urano, herido en el centro de su poder generador. /Y así, todo lo que nació antes de la Afrodita, Aurora, nació sin tiempo. Y sólo los dioses primeros, los hermanos de Cronos, por hermano suyo y liberador lo tuvieron. Lo tuvieron apeándose a él. Ella [Afrodita-Aurora] era hija del Tiempo [Cronos] y surgida del agua amarga que jugando con el aire, sonrisa del mar y del elemento más alado, ¿daba acaso el Tiempo? El Tiempo de nacer, de ir naciendo tan sólo, no el tiempo de acontecimientos y sucesos. Mas, como esposa de Hefaiistos, descendido a los ínferos sin duda —en Perséfone está su doble o su reflejo, o su destino de mediadora con el elemento oscuro y de fuego enardecido que pide para proseguir— se nos figura, como aliento contrario, alimento quizá de luz. Pues que luminosa era la hija de la Diosa «enteramente rubia», la Tierra Madre ya dorada, que ya concibe del calor y luz solar<sup>20</sup>.

8.7. Más adelante, en el mismo libro, en el ensayo titulado «El balbuceo», Zambrano desarrolla la idea de esta incipiente pronunciación que encuadra en su intento por descubrir lo inicial, lo auroral, lo naciente. Volverá a mencionar a Afrodita y a la Aurora, esta vez como dos diosas diferentes, sólo que en esta ocasión Afrodita será engendradora, la causante del origen de la luz solar. El lenguaje usado sigue siendo poético, aunque redacte en prosa, y cargado de simbolismo. Es su modo de entender la vida y el hombre, y su literalidad es —como dirían los filósofos antiguos— sólo una apariencia que enmascara la auténtica realidad; de ahí que el lector haya de desenmascarar el lenguaje de Zambrano para interpretar adecuadamente el pensamiento, la razón que su expresión quiere transmitir. Aurora y Afrodita aparecen ahora como claramente opuestas: Afrodita, diosa poderosa, engendra y da a luz a la Aurora. La Aurora es sólo aurora mientras balbucea, mientras amanece. Desde que la luz solar brilla redonda en el azul celeste, la Aurora desaparece, porque el amanecer se ha convertido en la mañana, en día claro y luminoso. Lo expresa Zambrano con estas palabras:

La Aurora misma balbucea, al par que todas las criaturas, un reino de luz y color, de espacios no habidos, de tiempos poblados por no se sabe qué. Y ella se aparece abandonada, dejada, bajo una, balbucida quizá solamente, condena. Afrodita, a la

---

<sup>20</sup> En *De la Aurora*, Ediciones Turner, 1986, pp. 37-38. Hemos puesto entre corchetes el nombre de la divinidad mítica aludida por Zambrano cuando en la edición aparece escrita como un término común; igualmente hemos puesto con mayúscula y en cursiva el nombre común alusivo a una divinidad que en la edición aparece en minúscula. Nos parece que si no se destaca gráficamente el simbolismo de los términos, el pasaje puede quedar vacío de su contenido filosófico y mítico. Remitimos a nuestro estudio antes citado sobre «Los Misterios de Eleusis...» para más información sobre este pasaje en el que aparece Perséfone. Se trata de un mito agrario, por el que el ascenso de Perséfone a la superficie de la Tierra coincide con la recogida de los frutos y con la época de la siembra; tal vez por ello Zambrano aluda aquí al color rubio y dorado (trigo) de la Tierra.

que no imaginamos extendiéndose en dar justificaciones de sus designios, de sus llamadas, de sus aventuras, de su perdonar y no perdonar. Afrodita se creyó, quizá, ser más que la Aurora, y al condenarla le dio la inmensidad de un parto de la luz<sup>21</sup>.

8.8. Reaparecerá la idea de la condena de Afrodita a la Aurora en el capítulo del mismo libro titulado «La geografía de la Aurora»; como los anteriores, corresponde a una descripción simbólica de su pensamiento *auroral*, cargado de contenidos míticos griegos. Detenernos en este pasaje equivaldría a prestar el protagonismo de nuestro comentario a la diosa Aurora, por lo que preferimos posponerlo para un posterior estudio específico sobre esta divinidad<sup>22</sup>. En otro capítulo titulado «La raya de la escritura» habla del valor de la palabra y del valor del pensamiento. Menciona entre otros filósofos a Heráclito y concluirá afirmando que es lo poético, palabra o pensamiento, lo que predomina en la forma de entender la vida. Sólo una forma poética reúne garantías de permanencia. Dice así:

En el frío espacio dejado por el fuego (que según Heráclito con medida se apaga y con medida se enciende) la palabra puede sostenerse en su ser natural. Recorre, recurre, va y vuelve. Crea el verso, lleva dentro consigo la medida, la divina matemática es propiamente su dios. No es terrestre ni celeste. Ofrece a los dioses asiento y sede, templo adecuado a su inmortalidad perecedera. Sola la palabra poética, memoria, rememoración, canto llano, suplirá su instantánea inmortalidad, instantánea aunque dure tiempo. Los dioses de la temporalidad. Sólo la luz traída por el visitante Apolo Hiperbóreo anidada en la palabra poética y en el pensamiento poético, siempre allí permanece, la luz dejada a sí misma, sin encarnación y sin resurrección, simplemente duradera. No será para nada Aurora. Así la Aurora, la naciente —*consurgens* (naciente en Homero)— aplicado a Afrodita no lo sería y su trazo en el cielo de la ambigüedad no marcaría un camino, tal vez sin fin para el que lo mira, pero camino al fin. Es la raya indeleble que se abre entre la más indecisa de las luces celestes<sup>23</sup>.

8.9. Algo más relajada es la idea que sobre una Venus, la Afrodita de los romanos, recoge en su comentario del cuadro «*La Tempestad*» de Giorgione. Nos recuerda este comentario la práctica de crítica que su maestro Ortega realizaba a ciertos cuadros de Velázquez, como antes nos recordaba el comentario sobre el balbuceo otro ensayo de Ortega sobre la *Filosofía de la Mitología* de Schelling. Hasta este ensayo Zambrano había hablado de Afrodita como diosa inmortal del Amor que «condena» a toda mujer a concebir y a alumbrar nuevos hijos, como condenó simbólicamente

---

<sup>21</sup> Ídem. p. 78.

<sup>22</sup> El pasaje dice en concreto sobre Afrodita: «Desgarrada la Aurora en sus partos, según el mito griego, condenados sus hijos a una suerte irregular, incierta ella misma arrastrando la condena de Afrodita. Aparece en su infortunio, en su no lograrse por entero, su divinidad». Ídem, p. 109.

<sup>23</sup> Ídem, p. 84. Véase también nuestro parágrafo anterior 8.3.

mente a la Aurora para que alumbrara el día jornada tras jornada. En esta ocasión Zambrano describe un cuadro, una imagen, en la que busca y encuentra el rasgo divino que define esa figura femenina, al mismo tiempo que sabe trasladar el espacio representado a un tiempo y a un lugar indefinido, concediendo al conjunto del cuadro una ambigüedad que lo enriquece y casi diviniza. Sus palabras son éstas:

Éste es el enigma principal del cuadro: un acontecimiento que no acontece o que no amenaza, un fuego que no devora, una lluvia que no empapa, un rayo que no va a caer y, si cae, es como si no cayese. ¿Qué clase de acontecimiento es éste que sucede igual que con la Venus, que se deja ver, pero que no sabe si la ven o no? Se trata, pues, de imágenes, pero no de simples imágenes, hay demasiados detalles para que no sea así. [...] Hay algo como divino, como de extraña divinidad que, haga lo que haga, lo hace sin cuidarse de aquello que va a causar, un dios o una diosa a quien no importa lo que sus ojos, lo que su mano, estén causando; un dios de amor que no le importa ser amado. Sería el más puro paganismo; pero la verdad es que los dioses griegos se enteran a veces de lo que está pasando. Se trata entonces de algo muy griego que ha quedado depositado, no se sabe por qué, en Venecia. Son deidades, y no ya los personajes, como *La Tempesta* misma, o la Venus que no se entera de que es Venus y de que puede ser codiciada, no lo sabe, no tiene conciencia de ello, está sobre la conciencia o bajo ella. [...] Esa tormenta que no estalla queda como siendo, sin estallar, ni siquiera los árboles dan signo ni significación. [...] Es la tempesta porque lo dice el pintor, pero como si no ocurriera. Sucede en un espacio sumamente singular, como en la Venus, que no se sabe si se entera de que está siendo mirada o si, simplemente, se deja ver con una indiferencia tan casta que es la castidad misma. Esto es verdad, pero ¿por qué no se tapa, por qué no mueve las manos, por qué no se recoge? No siente, no hay sentimiento; y, no habiendo sentir, ¿por qué pintar? /Es una imagen, es una hermosísima mujer, una Venus, podría ser una diosa que está dando de mamar al niño que, como niño, realiza su función de nutrirse, pero no se altera, no tiene miedo, no siente, es decir, no hay sentimiento por parte de nadie...<sup>24</sup>.

8.10. María Zambrano no escribió nunca un texto que no fuera fiel reflejo de su propia experiencia; ya otros lo han comentado y nosotros nos hemos hecho eco de ello en nuestro estudio citado «Una Antígona inmortal...». Pues bien, en uno de sus últimos libros publicados, *Los Bienaventurados* (1990), incluye un capítulo dedicado a «El exiliado», cuyo primer apartado titula «Las revelaciones del exilio». En él compara esta ingrata experiencia con la acción del hombre que busca su propio ser. Explica que el hombre despierta como de un sueño en un momento dado de su vida, como si fuera un adquirir conciencia de sí, como un abrirse a la vida, escindiéndose en dos, el que ha sido hasta ese instante y el que va a ser a partir de entonces. Es de nuevo la experiencia trágica, es la poesía, es el nacimiento filosófico, es la aurora, y todo ello como consecuencia del Amor:

---

<sup>24</sup> En *Algunos lugares de la pintura*, Espasa Calpe, col. Laberinto, 1989, pp. 128-132.



La experiencia es desde un ser, éste que es el hombre, éste que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padezco y no de lo que razono y pienso. Porque el hombre se padece a sí mismo y por lo que ve. Lo que ve le hiere, le puede herir aún prodigiosamente para que su ser se le abra y se le revele, para que vaya saliendo de la congénita oscuridad a la luz, ésa que ya hirió sus ojos —heridas— cuando los abrió por primera vez, cuando salió de su sueño o vio su sueño. El hombre ve su sueño y llega a ver su soñar mismo, su soñarse en la historia; pero no siempre es la historia, sí más allá o más acá, en esos dos campos de la vida divididos por la historia —tal como Afrodita quedó dividida por el tiempo entre cielo y tierra, teniendo de cerca, mas del otro lado, a las Furias— y, por extraño paralelismo, el ser humano se encuentra dividido entre su simple vivir terrestre y su origen. Gravísima es la situación cuando a la visión se ha renunciado, cuando la revelación mítica o legendaria, ya que no divina, se ha cercenado. Entonces perdido entre la historia se anda<sup>25</sup>.

## 9. Eros.

9.1. Hemos visto en los párrafos anteriores cómo el dios griego Eros tiene un doble origen y responde a una doble entidad: es, por un lado, el dios cosmogónico, surgido del Caos al igual que *Khronos* (el Tiempo), que favorece la unión amorosa del Día y de la Noche, de la que surgirá Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra), entre otras divinidades; por otro lado, Eros es descendiente de Afrodita y de Hermes, por tanto, posterior en varias generaciones divinas al primer Eros. Uno y otro se escriben en griego de manera distinta, aunque a partir de las cosmogonías órficas las divinidades del Amor (Eros) y las casi homónimas transcritas por Cronos (*Khrónos*, ‘Tiempo’, y *Krónos*, hijo de Urano), se mezclaron cada pareja en una sola entidad divina: un solo Eros, Amor, como también un solo dios Tiempo, Cronos.

Zambrano alude con alta frecuencia al Amor y usa los diversos apelativos por los que se le conoce, desde Eros hasta Amor, y en alguna ocasión esporádica Cupido. Lo que sí hemos detectado en nuestra lectura es que Zambrano alude en numerosos pasajes al amor con uno de estos apelativos griegos y romanos, por lo que debieran —entendemos— escribirse con mayúsculas, y, sin embargo, son muchos los ejemplos en los que las ediciones no han reparado en ese pequeño matiz, pero de fundamental importancia, como hemos ya indicado en algunas notas precedentes<sup>26</sup>. Del primer Eros, escrito en griego con omicrón, cuentan algunos poetas griegos que «era el más bello de los dioses, y que subyugaba el alma y la voluntad de todos los dioses y hombres»<sup>27</sup>. Del segundo Eros, escrito en griego con omega, se cuenta que era hijo de Afrodita y que se contaba entre los dioses menores como

<sup>25</sup> *Los Bienaventurados*, Madrid, Ediciones Siruela, 1990, pp. 30-1.

<sup>26</sup> A fin de no prolongar este artículo remitimos para una información más detallada sobre éste y otros mitos aquí tratados a dos manuales bien conocidos de mitología: Pierre Grimal, *Diccionario de la Mitología griega y romana*, Barcelona, Labor, 1965; Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 1982.

<sup>27</sup> Hesíodo, *Teogonía*, vv. 120 y 201. Véase la traducción de Aurelio Pérez Jiménez, *Hesíodo. Teogonía. Trabajos y días*. Barcelona, Bruguera, 1975.





Pan, Príapo, Proteo, Caronte, Himeneo, Tritón, Cibeles, etc.; equivale al latino Cupido o *Amor*, y su padre es considerado unas veces Hermes, otras Hefastos, o, incluso, Ares. Es éste dios menor Eros el más conocido y del que se cuentan toda clase de aventuras y travesuras; las tradiciones lo presentan como niño, con alas, con arco y flechas, con los ojos vendados, etc. Hemos registrado varias decenas de citas de este Eros o Amor, de las que expondremos sólo algunas representativas, además de las ya recogidas en los párrafos anteriores.

9.2. Las citas de mayor interés son las que aparecen en el mencionado libro *El hombre y lo divino*, en el que se incluye el ensayo titulado «La condenación aristotélica de los pitagóricos». En él Zambrano reflexiona sobre el interés del espacio y tiempo como categorías últimas del universo observado por el hombre, una especie de divinidades generadoras de la realidad. Zambrano presenta a los pitagóricos como aquellos frustrados filósofos que no pudieron llegar a pensar, a identificar un dios del tiempo, que habría de ser un dios del origen, del punto de partida y, por tanto, ese dios pitagórico, de haberse pensado alguna vez, habría sido un dios del «Tiempo primario», del «Tiempo sagrado», el cual se concretaría en lo numerable y en la realidad que se despliega. Ese dios sería el antiguo dios griego, de la generación de los Titanes que Zambrano llama el «viejo Cronos de las teogonías». Convendría recordar que el orfismo (Epiménides de Creta, Ferecides de Siro, entre otros) hablan de un dios Cronos que en griego significa ‘tiempo’ y se transcribe por *Khrónos*, que habría sido engendrado por el que llamaban «huevo primordial», equivalente al inicial Caos, del que habla Hesíodo. Los órficos y su cercanos pitagóricos son los que desde pronto confunden la divinidad *Khrónos*, Tiempo, con la otra divinidad, *Kronos*, esto es, el hijo de Urano. La idea le viene a Zambrano seguramente de sus lecturas de Anaximandro, Pitágoras, Platón y Proclo. También conoce el doble sentido de ese Eros, que es capaz de infundir amor y discordia. Cuenta Zambrano:

El viejo Cronos que se alimenta de sus hijos, dios de todos los antiguos, el más abismal, el que manifiesta el abismo sin fin del tiempo, la infinitud más aterradora, para una mente griega, que cosa alguna. «Este Cronos inmortal del consejo eterno engendró al éter y un torbellino inmensamente grande por cada lado; ningún límite había abajo, ni fondo, ni sostén alguno», dicen unos versos órficos citados por Proclo. Y aún: «Y Cronos de la inmensidad de su seno engendró así al Éter y a Eros célebre de doble naturaleza que mira hacia todas las direcciones, Padre de la Noche eterna...»<sup>28</sup>.

9.3. En el ensayo «Dios ha muerto» Zambrano vincula esta conocida frase, enunciada por Nietzsche, con la aparición de la tragedia de nuestro tiempo. Esa muerte de Dios aparece en Zambrano explicada históricamente como un paulatino proce-

---

<sup>28</sup> *El hombre y lo divino*, ed. c., p. 80.



so que se inicia en los orígenes del pensamiento occidental, en tiempos de los griegos, cuando los dioses olímpicos fueron palideciendo ante la proliferación de religiones secretas de iniciación y el avance de un ateísmo sordo a lo sagrado, que sólo cultivaba la idea lógica de lo divino y una moral práctica. Esos dos factores de la historia griega posibilitaron que la destrucción de los dioses se cumpliera en la religión griega, como se ha cumplido la destrucción de los dioses en toda religión, destrucción que es distinto de la muerte. En cambio, dice Zambrano, la muerte de Dios sólo es visible en el Cristianismo. Pues bien, en este contexto de destrucción de dioses egipcios, griegos, romanos, etc., y de muerte del Dios cristiano, el Amor, como divinidad griega, generadora del universo, como concepto común o como sentimiento afectivo, aparece como una dimensión del universo y del hombre, lo único capaz de explicar las evidencias más comunes como la muerte. No aspiramos en estas páginas a sintetizar las complejas reflexiones que Zambrano expresa en este texto, sino sólo a presentar algunas ideas en las que el Amor en sus distintas acepciones míticas aparece mencionado. Por ejemplo, al hablar de la idea hegeliana del espíritu absoluto y de cómo Nietzsche derivó su pensamiento en aquel enunciado tan radical, Zambrano la comenta con riqueza de matices, reuniendo todo el arsenal mitológico desde el dios del amor griego hasta el amor cristiano del Dios neotestamentario, en un conjunto de reflexiones dignas de comentar una a una. Baste recordar que si no se leen estas apelaciones a los dioses griegos cosmogónicos y preolímpicos como antes indicábamos, es imposible entender lo que Zambrano quiere decir en estos párrafos. De ahí que recomendemos la revisión de ciertos nombres escritos con minúsculas, que, a nuestro modesto entender, son nombres propios de divinidades y debieran aparecer escritos con mayúsculas. Sean las líneas siguientes un ejemplo de cuanto decimos:

Mas la muerte de Dios no es su negación, la negación de su idea o de algunos de los atributos que a ella convienen. Sólo se entiende plenamente el «Dios ha muerto», cuando es el Dios del amor quien muere, pues sólo muere en verdad lo que se ama, sólo ello entra en la muerte: lo demás sólo desaparece. Si el amor no existiera, la experiencia de la muerte faltaría. Y sólo cuando Dios se hizo Dios del amor pudo morir por y entre los hombres de verdad. /Y Dios no puede morir si no es a manos humanas. [...] Y es que —abstracción hecha de toda verdad revelada— el hombre necesita proyectar en lo divino, en una acción absoluta, el fondo oculto de sus acciones más secretas, y así descifra su laberinto. La necesidad que exige matar a lo que se ama, y aún más, lo que se adora, es un afán de poderío con la avidez de absorber lo que oculta dentro. Se quiere heredar lo que se adora, liberándose al par de ello. Y así la destrucción de los dioses es una etapa cumplida en toda religión, la destrucción, que no la muerte de Dios, solamente visible en la cristiana. [...] Unas dinastías de dioses fueron sustituidas por otras en Egipto y en Grecia; Urano, engendrador de monstruos fue destruido por su hijo Cronos que, a su vez, todo lo devora [= Tiempo]. El hombre a la caída de Urano se libera de los monstruos por él engendrados sin descanso, y gana Tiempo, el Tiempo propio de la vida humanizada donde nace ya el Amor que es ritmo engendrador de criaturas con forma viable. Un espacio vital y un orden. La aparición de una potencia humanizadora: el Amor, que comporta un ritmo, una medida, mordido también por la fragilidad, efímero. Como si el precio de haberse salvado de los monstruos de Urano fuese un

mundo poblado de criaturas con forma y figura, y un orden, pero efímero, el universo temporal. Mas estas luchas tuvieron lugar entre los dioses; el hombre era extraño a su desarrollo. Y así la herencia del Amor, el Nuevo Dios, le era un tanto extraña, no era todavía Amor adentrado en el hombre. Lo divino se transformaba como si tuviera que ir dando paso a unos dioses, a una forma de divinidad, que hicieran posible la vida humana y se fueran creando, a través de luchas terribles, un espacio y un tiempo habitables. Y la vida humana hubiera estado necesitada siempre de sacrificios divinos, de destrucciones de divinidades enteras, de robos hechos a lo divino, como más tarde, y bajo el reino de Cronos, hará Prometeo<sup>29</sup>.

9.4. Más adelante se ocupa específicamente del dios del amor, del sentido trágico de la vida y de la «locura de amor». El Amor, sentimiento mitificado desde antiguo, que hubo de ser convertido en una divinidad para explicar el origen del universo y de sus criaturas, termina siendo también la fuente de lo opuesto (*Eros Anteros* 'Amor Contrario'), cuando por causa del Amor el hombre es capaz, no ya de crear (Afrodita engendradora y Eros creador), sino de matar. Es también un proceso que evoluciona con el desarrollo del pensamiento y que tiene varias etapas, como dice Zambrano. Consideramos del máximo interés las reflexiones sobre Nietzsche y sus propias contradicciones que le llevaron a la locura «de amor». Veamos una parte de esa reflexión:

«Dios ha muerto» es la frase en que Nietzsche enuncia y profetiza al par la tragedia de nuestra época. Para sentirlo así, es preciso creer en Él y aún más, amarlo. Pues sólo el amor descubre la muerte; sólo por el amor sabemos lo poco que sabemos de ella. Y en cuanto a Dios, el amor ha sido una fase tardía; primero es el terror el que gobierna los pasos del hombre bajo su sombra; el temor y aun el rencor; la ira que aun en la tradición cristiana Job testimonia. Los primeros sentimientos que señalan la relación del hombre con un Dios revelado son el temor y aun el espanto. Espanto ante su presencia escondida, ante el abismo que yace sin mostrarse, espanto mayor aún cuando amenaza con descubrir su faz. El Amor vendrá más tarde, y no fue descubrimiento del hombre, quizá porque tampoco conocía el amor. En la tradición judeo-cristiana todo, el amor mismo, es revelado<sup>30</sup>.

Más adelante continúa sus reflexiones sobre este Amor y Dios que desembocan en muerte trágica tras un proceso en el que el hombre ha pretendido suplantar o igualarse con Dios, y no ha podido. De nuevo la antigua tragedia griega reaparece en el escenario filosófico del siglo XX traído, en esta ocasión, a partir de los comentarios que el pensamiento de Nietzsche suscitaba en Zambrano. Era el anticipo de la nueva tragedia, de la tragedia del hombre actual: aspiró a ser como dios, mas no terminó siendo arrojado del cielo como el bíblico Luzbel, sino en la muerte de sí mismo, en un trágico destino. No dejan de llamar la atención las paradojas nietzschanas, como, por ejemplo, cuando tras elogiar al trágico Dionisos y pensar que Dios —el único

---

<sup>29</sup> Ídem, pp. 136-7.

<sup>30</sup> Ídem, p. 138.

Dios, su Dios hasta ese momento, el Dios cristiano— había muerto, haga que ese otro dios del pasado heleno aparezca incomprensiblemente crucificado:

El crimen contra Dios es el crimen contra el amor, contra lo que se adora, pues se llega a ver en él, concreción de la vida divina, la resistencia última a la divinización del hombre. Lucrecio no pudo soñar con esta acción de dar muerte a los dioses para heredar la inaccesible vida divina, pero el criminal por amor lo hace oscuramente y mata lo divino que se le ofrece y que le resiste, en una especie de vértigo, de tentativa última para sumergirse en su seno definitivamente. /Y así, quien dice «Dios ha muerto» participa al menos en su muerte, en el crimen. ¿No lo hará acaso por la esperanza de hundirse en él, de identificarse abismándose, llevado por esa locura de amor que llega hasta el crimen cuando ya no se soporta más la diferencia con el amado, el abismo que aun en los amores entre los iguales permanece siempre? Y profiere su grito «Dios ha muerto» esperando, quizá, absorber a Dios dentro de sí, comulgar en la muerte de un modo absoluto, que no haya más esa diferencia entre la vida divina y la nuestra. Desesperación de seguir soportando la inaccesibilidad de lo divino. [...] Es el Dios vivo, el que arde en la zarza de la eterna creación y del inagotable sufrimiento, quien tenía que proseguir su pasión hasta agotarla en la de sufrir también la muerte inferida por su criatura. Es Él quien puede suscitar este crimen y este amor<sup>31</sup>.

9.5. Zambrano habla también del amor sencillo, del amor cotidiano, del amor de hombre y mujer, y lo hace desde la trascendencia del sentimiento universal, sentimiento expresado poéticamente y que en Grecia se manifestaba en una expresión colectiva (de la épica, de la lírica coral y de la tragedia), o en una expresión individual (de la lírica monódica). Todas esas manifestaciones literarias seguían siendo en las épocas arcaica y clásica de Grecia un rito y un oficio, pero —dice Zambrano— de alguien que era consciente de su soledad; por ello valora las coplas infantiles, los estribillos y las frases hechas, populares, porque poseen —dice usando una terminología pitagórica— número y ritmo. Censura a quienes menosprecian estas manifestaciones del sentir popular porque las consideran «irracionales», cuando, en verdad, esos que menosprecian no perciben que toda irracionalidad, expresión de un sentimiento, «tiende espontáneamente a tomar un orden». También el Amor está incluido en esta reflexión:

Y aun el más necesitado de expresión, el Amor, sólo alcanza «libre expresión» en personas de individualidad muy marcada. La criada semianalfabeta que va en busca de escribano que le escriba una carta de amor o cuando la copia de un prontuario, no lo hace solamente porque le sea difícil formar las letras, sino porque encuentra en las expresiones hechas, rituales, la expresión adecuada de lo que siente, mucho más que en lo que ella pudiera decir; es más auténtica la expresión de su amor cuando repite las fórmulas que cuando se lanza a inventarlas<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> Ídem, pp. 140-1.

<sup>32</sup> Ídem, pp. 207-8: del cap. «La tragedia, oficio de la piedad».



9.6. Al hablar de la religión griega, de su mitología y de la pugna entablada entre Poesía y Filosofía a finales de la época arcaica, Zambrano había comentado cómo la Tragedia griega había servido en gran parte como puente entre el *páthos* poético de la épica y de la lírica (emotividad, pasión...) y el pensamiento racional, lógico, que se abriría paso en el s. V a. C. de la mano de los primeros sofistas y, sobre todo, de filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles. En efecto, en la tragedia de Sófocles se puede comprobar esa lucha dramática del hombre entre sus sentimientos y su razón, entre la tradición y lo nuevo, entre lo religioso y lo político. De esos personajes de tragedia en los comentarios de Zambrano destaca Antígona. Dirá que la conducta de la heroína sofoclea, su sacrificio, no fue realmente un suicidio, sino una muerte por delirio, por locura, y que ese sacrificio se explicaba sólo por una razón de piedad, de respeto hacia los dioses, cuando Antígona observaba la legitimidad prioritaria de las leyes eternas y no escritas. Ese sacrificio era una clara manifestación del más sublime amor, Amor inmenso que un hombre puede experimentar, equiparable a las mayores pruebas de amor que recuerda la Historia. Además, ese sacrificio —dirá Zambrano— representó para el hombre la adquisición de su propia conciencia, ante el poder político, ante los otros hombres y ante los mismos dioses<sup>33</sup>. Pues bien, de ese Amor inmenso, con mayúsculas, y de esa conciencia habla también Zambrano en su precioso, denso y filosófico ensayo que titulara «Para una historia del amor». Así inicia estas interesantes reflexiones:

Una de las indigencias de nuestros días es la que al amor se refiere. No es que exista, sino que su existencia no halla lugar, acogida, en la propia mente y aun en la propia alma de quien es visitado por él... En el ilimitado espacio que, en apariencia, la mente de hoy abre a toda realidad, el amor tropieza con obstáculos, con barreras infinitas. Y ha de justificarse y dar razones sin término, y ha de resignarse por fin a ser confundido con la multitud de los sentimientos o de los instintos, si no acepta ese lugar oscuro de «la libido», o ser tratado como una enfermedad secreta, de la que habría que liberarse. La libertad, todas las libertades no parecen haberle servido de nada. La libertad de conciencia menos que ninguna, pues a medida que el hombre ha creído que su ser consistía en ser conciencia y nada más, el amor se ha ido encontrando sin «espacio vital» donde alentar, como pájaro asfixiado en el vacío de una libertad negativa<sup>34</sup>.

Planteadas la cuestión del amor en su contexto actual, Zambrano pasa a rastrear las huellas que en la historia del hombre ha ido dejando el Amor —con mayúscula, insistimos—, en ese rango cosmogónico y ordenador de la vida. Curiosamente, es el tema de la libertad humana el que parece cercenar el poder ancestral del amor, cuando en su origen fue el Amor el que permitió que el hombre tuviese libertad. Dice así:

---

<sup>33</sup> Véanse más datos en nuestro estudio ya citado «Una Antígona inmortal...».

<sup>34</sup> En *El hombre y lo divino*, cap. «Para una historia del amor», p. 240.

La libertad ha ido adquiriendo un signo negativo, se ha ido convirtiendo —ella también— en negatividad, como si al haber hecho de la libertad el *a priori* de la vida, el Amor, lo primero, la hubiera abandonado, y quedara el hombre con una libertad vacía, el hueco de su ser posible. Como si la libertad no fuese sino esa posibilidad, el ser posible que no puede realizarse, falto del Amor que engendra. «En el principio era el Verbo», el Amor, la luz de la vida, la palabra encarnada, futuro realizándose sin término. Bajo esa luz, la vida humana descubría el espacio infinito de una libertad real, la libertad que el Amor otorga a sus esclavos<sup>35</sup>.

9.7. Zambrano explica cómo el hombre ha buscado desprenderse de lo divino, ya sea por medio del idealismo y del espíritu absoluto concretado en el mismo hombre, ya sea por medio del practicismo que reduce todo a hechos. Esta segunda tendencia entiende también el amor como un hecho y desvirtúa su esencia. Por ello Zambrano explica:

El Amor, cuando no es aceptado, se convierte en *Némesis*, en justicia, es implacable necesidad de la que no hay escape. Como la mujer nunca adorada se convierte en *Parca* que corta la vida de los hombres. Y así es la retirada de lo divino, bajo la forma del amor humano, lo que nos mantiene condenados, encerrados en esta cárcel de la fatalidad histórica, de una historia convertida en pesadilla del eterno retorno<sup>36</sup>.

9.8. El Amor será tratado por Zambrano como un héroe trágico que es condenado injustamente por un delito que no es tal y por un juez que tampoco es tal. Recuerda su explicación a la heroína Antígona, condenada por haber dado sepultura a su hermano Polinices, que fue encerrada viva en una cueva para que allí muriera sola y abandonada. En este pasaje no será una heroína, sino el Amor el que corra esta trágica suerte, contraste también con su origen cosmogónico, según explica Zambrano:

La ausencia del amor no consiste en que, efectivamente, no aparezca en episodios, en pasiones, sino en su confinamiento en esos estrechos límites de la pasión individual descalificada en hecho, en raro acontecer. Y entonces viene a suceder que aun la pasión individual —personal— queda también confinada en forma trágica, porque queda sometida a la justicia. El Amor vive y alienta, pero sometido a proceso delante de una justicia que es implacable fatalidad, ausencia de libertad; el Amor está siendo juzgado por una conciencia donde no hay lugar para él, ante una razón que se le ha negado. Y así queda como enterrado vivo, viviente, pero ineficaz, sin fuerza creadora. /La pretendida divinización total del hombre y de la historia produce la misma asfixia que debió existir cuando, allá en tiempos remotos, el hombre no alcanzaba a hallar puesto bajo el sol en el espacio lleno de dioses, de semidioses, de demonios. Tampoco entonces existía el amor. Extrañamente el Amor nació,

---

<sup>35</sup> Ídem, p. 241.

<sup>36</sup> Ídem, p. 243.

como el conocimiento filosófico, en Grecia, en un momento en que los dioses, sin dejar de actuar, permiten al hombre buscar su ser. Pues diríase que siendo el Amor, el Eros griego, avidez y hambre, fue lo contrario también ;creador de distancias, de límites, de fronteras entre lo humano y lo divino que unía y mantenía la distancial. Que daba sentido al padecer de la vida humana, a la pasión, transformándola en un acto. Un extraño dios, humanizador a pesar de su delirio, una divinidad ordenadora del delirio inicial que es toda vida humana, toda historia que comienza<sup>37</sup>.

9.9. Otras numerosas referencias al Amor o a Eros quedan en este libro sobre el hombre y sobre lo divino en el que tanta religión, mitología y filosofía griegas hay incluidas. También en otras obras Zambrano habla del Amor y de Eros, como en *España, sueño y verdad*, en el que se incluye un artículo sobre su maestro del que dice que su vida y su obra se caracterizaban por una doble virtud, la claridad y la generosidad intelectual. Del origen de estas virtudes dice su alumna:

Al aceptar Ortega al par su circunstancia española y la existencia de la filosofía, realizó un acto de fe y de amor. De fe en el pensamiento y de amor a la tradición y a la circunstancia. Pues la actitud ancestral cuando es repetida por quien tiene conciencia de ella —pues ya conoce otras— no puede proceder sino del Amor que es cosa de la conciencia, del conocimiento. Esta anchura de ánimo, que abraza al par a la filosofía más rigurosa y a la cultura de un pueblo que parecía rebelde a ella —a dos contrarios—, llega por eso a ser caridad. Y la caridad es más que un sentimiento, es una especie de objetividad, la del amor hacia lo menesteroso, que solamente puede tener quien ve o adivina la claridad oculta en lo oscuro; la sinrazón aprisionada en la razón. /La objetividad del pensamiento nace del Amor total, que tiene dos aspectos o vertientes: la del «Eros» clásico ascensional y la de la caridad cristiana, dirigida, en nombre de lo más alto, hacia todo lo que gime necesitado de ello. [...] La objetividad clásica, producto del «Eros» ascensional que Platón definiera, deja desamparados muchos trozos de la vida humana, demasiado oscuros para la claridad de las ideas, o demasiado sumidos en la contradicción, para la identidad de las mismas...<sup>38</sup>.

9.10. Otras referencias a Eros y Amor aparecen en «Amor y muerte en los dibujos de Picasso»<sup>39</sup>, en *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil*<sup>40</sup>, en su ensayo «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes»<sup>41</sup>, en *El sueño creador*<sup>42</sup>,

---

<sup>37</sup> Ídem, pp. 244-5.

<sup>38</sup> «Ortega y Gasset, filósofo español», primera lección del curso titulado «Ortega y Gasset y la Filosofía actual», Universidad de La Habana. Publicado en varias revistas y en *España, sueño y verdad*, Madrid, Ediciones Siruela, 1994 (1965, 1.ª), p. 103.

<sup>39</sup> En *Algunos lugares de la pintura*, ed. c., pp. 151-162.

<sup>40</sup> Madrid, Editorial Trotta, 2000, en el capítulo titulado «Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura», p. 220.

<sup>41</sup> En *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 227.

<sup>42</sup> Ídem, p. 57.



etc. Finalicemos este recorrido por la figura mítica del divino Eros (Amor, Cupido) leyendo unas palabras de Zambrano. Filosofía y Amor aparecen unidos por el horizonte humano. El pasaje pone de manifiesto que el mito griego del Amor (Afrodita y Eros) es uno de los fundamentos esenciales en el pensamiento de Zambrano. Ningún pasaje más luminoso que el que sigue nos lo muestra:

El horizonte está en íntima correspondencia con el Amor que ha sido también su arquitecto. El horizonte es la segunda conquista después de la órbita. El Amor intervino en la fijación de las órbitas y es el hacedor, el obrero del horizonte. El horizonte es ya obra humana, por eso es cuestión suprema y primera de la filosofía. Filosofía es mirada humana. Y el Amor que está en la misma palabra que designa la acción de filosofar [*philéo*: ‘amar’] dice ya de su intervención decisiva. La filosofía es mirada creadora de horizonte; mirada en un horizonte. Por eso tiene también su momento histórico, su irrupción no menos violenta que la del Amor y le sigue hasta el punto de recibir su herencia. La herencia del Amor, del Amor de las cosmogonías, se reparte entre la pasión trágica y la mirada de la filosofía. Diríase que el Amor se ha escindido; él, que ha separado y unido, sufre a su vez una división, forma primaria de engendrar de la vida. Se divide en un Eros pasional, entrañable, y en un Eros de la mirada. La tragedia expresará el primero. La filosofía será su hermana gemela en la herencia del Amor. Será la expresión misma de la vida de un Eros que no gime en las entrañas, entronizado enteramente en el hombre y que sólo conserva de la posesión divina una extraña y paradójica embriaguez: la serenidad<sup>43</sup>.

10. Concluamos este rápido recorrido por las huellas que Zambrano dejó en su obra sobre estas dos divinidades grecolatinas del Amor, fundamentos de sus reflexiones y de su propuesta filosófica, la Razón Poética. Para Zambrano la razón *lógica* a secas no puede ser el fundamento exclusivo de un pensamiento filosófico; por ello consideraba insuficientes la lógica de sus maestros cuando proponían unas razones trágica, vital-histórica y sentiente. Unas y otras eran insuficientes porque no abarcaban las distintas dimensiones de lo humano: o bien olvidaban la lógica más racional, o bien se ocupaban de los sentidos, o de las pasiones. Zambrano propondrá la suma del *lógos* (Apolo, la razón) y del *páthos* (Dionisos, el sentimiento y la pasión), mas con la medida y moderación que exige la convivencia, la vida en sociedad (la tragedia de nuestro tiempo). Esa suma sólo puede ser obtenida si interviene como elemento constructor el Amor, el Eros, la Afrodita urania, la fuerza engendradora de nueva vida, como razón creadora, —o poética, que viene a significar lo mismo—<sup>44</sup>. Pensaba que esta nueva Razón Poética, Razón de Amor, mediadora entre el ser y el existir, capaz de alcanzar la identidad, podría ser el camino

<sup>43</sup> *El hombre y lo divino*: «Para una historia del Amor», ed. c., p. 251.

<sup>44</sup> Véase p. *Obras reunidas*, ed. c., «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las Artes», p. 227: «‘poeta’ quiere decir aquí justamente ‘creador’ al modo humano, descubridor, realizador de horizontes, quiere decir, pues, dado al pensamiento, que se empeña en esta acción que es transformación».



nuevo que debiera seguir el hombre. Otras ideas zambranianas sobre el Amor no han tenido cabida en este artículo; valgan, sin embargo, las aducidas como una muestra del interés en estos dos personajes del mito, Afrodita y Eros, para fundamentar mejor su pensamiento nuevo.

